



## La Imitación: El Primer Lenguaje de la Infancia

Por HeyZeus Oak

Si pasamos un momento tranquilo observando a un niño pequeño en una habitación con adultos, comienza a aparecer algo sutil. Un padre levanta una escoba, y unos minutos después el niño arrastra una escobita por el suelo. Un adulto remueve una olla en la cocina, y el niño empieza a mezclar en un cuenco vacío a su lado. Una maestra dobla cuidadosamente un paño, y poco después el niño recoge una tela y repite los mismos movimientos con gran atención.

Nadie le ha explicado qué hacer. No se ha dado ninguna instrucción. Y, sin embargo, el niño ya ha comenzado a participar.

En los primeros años de vida, la imitación es el primer lenguaje del niño. Mucho antes de que aparezca el pensamiento abstracto, mucho antes de que las explicaciones morales tengan verdadero significado, el niño aprende absorbiendo los gestos, los movimientos, el tono y la vida interior de los adultos que lo rodean. No está esperando lecciones. Está viviendo dentro de la experiencia.

Para el niño pequeño, el aprendizaje no comienza con ideas. Comienza con el cuerpo. Los niños encuentran el mundo a través de sus sentidos y a través de su movimiento en el espacio. Lo que ven, oyen y sienten no se queda en la superficie. Penetra profundamente y pasa a formar parte de su organismo en desarrollo.

En este sentido, el niño pequeño puede entenderse como una especie de órgano sensorial vivo. El mundo no se presenta a distancia para ser analizado. Fluye hacia el interior y es acogido por todo el ser humano.

Debido a esta apertura, la imitación no es simplemente copiar comportamientos. Es una de las maneras en que el niño entra poco a poco en la vida terrenal. A través de la imitación aprende a habitar su cuerpo, a moverse en el espacio y a participar en el mundo humano. Los gestos de los adultos que lo rodean se convierten en los caminos por los que el niño va encarnando lentamente en su existencia física.

Cuando un niño imita barrer, cocinar, cuidar el jardín o ayudar a otra persona, no está fingiendo en el sentido en que lo entendemos los adultos. Está ensayando la vida misma. Está practicando lo que significa ser humano.

En la educación Waldorf comprendemos que la tarea principal de la primera infancia es el fortalecimiento de la voluntad. Antes de que el pensamiento intelectual se convierta en la actividad central del ser humano, el niño debe aprender primero a actuar en el mundo con intención. La imitación es el camino natural a través del cual se desarrolla esta capacidad. Cuando los niños observan actividades significativas de los adultos y las repiten con su propio cuerpo, su voluntad se forma y se fortalece poco a poco.

Por esta razón, la calidad de la actividad de los adultos tiene una enorme importancia. Un gesto apresurado deja una impresión distinta que uno realizado con calma. Un trabajo hecho con irritación transmite algo muy diferente que un trabajo realizado con cuidado y serenidad. Incluso cuando los adultos creen que los niños no están prestando atención, algo en el niño siempre está recibiendo la atmósfera del momento.

Por eso la vida moral del niño pequeño no se forma principalmente mediante explicaciones o correcciones. Se forma a través del ejemplo. Cuando un niño observa a un adulto hablar con respeto, cuidar el entorno, reparar algo que se ha roto o enfrentar una dificultad con paciencia, esos gestos se convierten en parte del vocabulario interior del niño. Son recibidos en silencio y más tarde reaparecen en sus propias acciones.

De esta manera, la imitación forma los primeros cimientos de la conciencia. El niño todavía no reflexiona sobre lo que está bien o mal. En cambio, experimenta el ejemplo vivo de cómo un ser humano se encuentra con el mundo.

La imitación también da forma a la voz interior del niño. El tono con el que los adultos se hablan entre sí, el ritmo del lenguaje cotidiano y la manera en que reaccionan ante los errores o las frustraciones se van interiorizando poco a poco. Años después, el niño puede hablarse a sí mismo con un tono que refleja las voces que alguna vez lo rodearon.

De esta manera, la imitación moldea no solo el comportamiento exterior, sino también el paisaje interior del pensamiento y del sentimiento.

El juego se convierte entonces en el lugar donde estas experiencias absorbidas se transforman y se digieren. Un niño que ha visto a un adulto preparar comida puede recrear más tarde esa escena en su juego imaginativo. Una conversación escuchada durante el día puede reaparecer en las voces de muñecos o animales. A través del juego, el niño trabaja con lo que ha recibido. La experiencia se convierte en comprensión mediante la repetición y la imaginación.

En la cultura moderna a veces subestimamos el poder de la imitación. Podemos pensar que los niños aprenden principalmente mediante instrucciones, correcciones o lecciones estructuradas. Sin embargo, en los primeros años el entorno mismo es el currículo. Los gestos de la vida cotidiana son la verdadera enseñanza. El tono del hogar es el aula.

Esta conciencia puede parecer exigente, pero también es profundamente reconfortante. Los padres y maestros no necesitan técnicas complicadas para educar a los niños pequeños. Lo que se necesita es presencia. El trabajo significativo, el ritmo constante, el calor humano y la actividad auténtica proporcionan el material vivo que el niño necesita. Cuando los adultos participan con sinceridad en las tareas de la vida, los niños entran naturalmente en ellas a través de la imitación.

También hay algo profundamente confiado en este proceso. El niño pequeño imita no porque esté calculando o tratando de impresionar. Imita porque pertenece tan plenamente al mundo que lo rodea que permite que ese mundo lo forme. Esta apertura es una de las cualidades más vulnerables y hermosas de la primera infancia.

Con el tiempo, esta etapa de pura imitación da paso gradualmente a una mayor individualidad y a un pensamiento más consciente. El niño comienza poco a poco a tomar una perspectiva propia. Pero en los primeros años todavía está reuniendo los gestos humanos que un día formarán la base de su carácter.

El niño que una vez siguió a un adulto por la habitación con una pequeña escoba, repitiendo el movimiento de barrer con gran seriedad, estaba haciendo mucho más que limpiar el suelo. En esos pequeños movimientos estaba aprendiendo cómo un ser humano se encuentra con el mundo. A través del ritmo del gesto, algo de la manera de vivir del adulto entraba silenciosamente en su propio cuerpo.

Este es el misterio silencioso de la primera infancia. El niño pequeño no solo observa el mundo que lo rodea. Durante un tiempo, se convierte en él. Los gestos de cuidado, paciencia, trabajo y amabilidad que lo rodean se interiorizan poco a poco hasta convertirse en parte de su propia forma de ser.

Un día, el niño que observaba con tanta atención caminará por el mundo llevando dentro de sí esos mismos gestos. La escoba volverá a levantarse. La mesa será limpiada. Un niño más pequeño será ayudado o consolado.

Y en algún lugar dentro de esas acciones vive el eco de lo que una vez fue recibido a través de la imitación.

De esta manera, el niño pequeño reúne poco a poco el mundo humano dentro de sí mismo... hasta que, con el tiempo, ese mundo se vuelve verdaderamente suyo.

### **Biografía del Autor**

HeyZeus Oak es el director de Heart in Hand Preschool en Portland, Oregon, un programa de educación infantil Waldorf completamente certificado y miembro de WECAN. Es mentor formado a través del Center for Anthroposophy y está dedicado a cultivar reverencia, ritmo y belleza en la vida de los niños pequeños.